

muerto, y á continuación llevado á la catedral en medio de innumerables cirios. Un prodigioso cortejo seguía á pie. En la catedral, después del ordinario rito funerario, acompañado de todas las expresiones posibles de veneración nacional por el difunto, hubo un gran servicio musical, ejecutado admirablemente, después del cual los restos mortales de Kant fueron bajados á la cripta académica, y allí reposa hasta hoy entre los patriarcas de la Universidad.

Paz á sus cenizas y á su memoria eterno honor!

NOTAS DEL TRADUCTOR

I

...Al lado de algunos chispazos de genio contiene muchas cosas tomadas de las obras anteriores (página 6).

El libro á que aquí se alude, y cuya composición ocupó los postreros años de Kant, era un supuesto «trabajo original», que él designaba, frecuentemente, como su obra maestra, con esa preferencia que demuestra siempre el anciano por el último hijo que tiene. A creer lo que Kuno Fischer dice en el capítulo VII de su *Kant's Leben*, debía exponer esa obra la transición de la metafísica á la física, y Kant mismo la titulaba *Sistema de la filosofía en su totalidad*. Hasta los últimos meses antes de morir escribió en ella con toda la asiduidad posible. Kuno Fischer duda del valor de esa obra, de sus nuevos pensamientos, del orden y método que en ella existe, aun sin haberla leído, al considerar el estado de debilidad en que su autor se encontraba y al pensar en las conclusiones á que podía haber llevado su filosofía. No puede comprenderse qué nuevos pensamien-

tos podían traerse dentro de una filosofía como la suya. Hombres competentes que leyeron su extenso manuscrito aseguraron que es sólo la reproducción fragmentaria de sus libros conocidos, con la agravante de notarse en su redacción la debilidad senil. Ese manuscrito se perdió, pero fué hallado de nuevo y aun se pensó en su publicación. Sin embargo, las noticias que de él se dieron confirmaron todo lo que se afirmaba. Wasianski decía que, en sentir de Schulze, á quien Kant enseñó el manuscrito, era ese trabajo «el comienzo de una obra que no podía redactar». Posteriormente discutieron sobre el asunto las *Neuen-Preussischen*, la *Provincial-Blaeter* y los *Preussischen-Jahrbücher*. El que con más atención y detención se ocupó de semejante manuscrito y dió más noticias fué Reicke, según el cual, constaba de cien pliegos, y respecto á su contenido, está conforme su juicio con los anteriores.

II

...Sin duda se inspiró en Wasianski, como también en Borowski, Jachmann y otros (página 7).

Son éstos los biógrafos que tenían más de cerca á Kant, los que le trataron durante muchos años, los que residían en el mismo círculo del gran filósofo, los que escribieron inmediatamente después de su muerte y, por ende, los

que han suministrado más datos sobre su vida y carácter. Todas esas biografías aparecieron en 1804, pero la de Borowski estaba escrita desde 1792 (con el título de *Darstellung des Lebens und Characters Kant*), y aun parece que fué leída y enmendada por el propio pensador de Koenisberg. Borowski quiso leerla en la *Sociedad Alemana* de esta población; pero Kant, hombre modesto, no lo consintió, advirtiendo cuerdamente que el elogio provoca siempre la censura. Aunque la crítica de un pensador exija mucha más cultura filosófica y mucha más comprensión objetiva que el crear, Borowski no demuestra tales cualidades en su biografía y en medio de sus alabanzas revela escaso conocimiento del pensador que juzga. Supérale en esto Jachmann, cuya biografía (rotulada *Kant geschildert in Briefen an einen Freund*) comprueba que fué aprovechado discípulo y amanuense del gran filósofo en la época más culminante de su existencia (1784 á 1794), cuando el profesor de Koenisberg redondeaba y completaba su sistema filosófico. Además, Jachmann conservó y publicó las cartas de Kant, que provienen, por la mayor parte, de sus últimos días. Pero aun que Jachmann era un hombre instruído y un espíritu sano que tenía gusto por las cosas serias, dió principalmente particularidades exteriores y apenas dejó ningún dato sobre los motivos íntimos que obraron en el admirable desenvolvimiento de su biografiado. Igual defecto se observa en *Kant in seinen Lebensjahren*, de Wasianski, discípulo del profesor en 1773, más tarde su secretario y desde 1790 amigo y administrador de la casa. Las mejores biografías son

las posteriores, de Schubert (en el volumen XI de las *Kant's Werke*, edición Rosenkranz) y de Kuno Fischer. Añadiré las ediciones de Hartenstein y de Kirchmann, que corrigen muchos defectos. Sin estar, pues, reducidos á reconstruir por sus propios escritos la evolución intelectual de Kant, es indudable que conviene, si bien con la debida cautela, estar prevenidos y no aceptar ciertos detalles sobre Kant porque se deban á sus contemporáneos y compatriotas.

III

...A la supuesta obscuridad de la filosofía que contienen, sea esta obscuridad inalienable ó debida al modo particular de exposición de Kant (página 10).

El escritor que más injusto ha estado con Kant, en cuanto al punto aludido, es el célebre poeta y humorista Heine (1). Hablando de lo mucho que tardó en ser conocida del gran público la *Kritik der reinen Vernunft*, atribuye ese tardío conocimiento «á la desusada forma y al mazorril estilo de la obra, pues Kant es un carretero del estilo. En obras anteriores había escrito mejor. La colección de sus libros, publicada recientemente, abarca sus primeros ensayos, y admira encontrar allí una manera exce-

(1) *De l'Allemagne*, I, 121.

lente y á veces muy espiritual. Parece que se esmeraba en sus trataditos mientras preparaba su gran obra, produciendo el efecto de un soldado que se prepara con tranquilidad para un combate en que se promete una victoria segura... ¿Por qué ha escrito Kant su *Kritik der reinen Vernunft* en un estilo tan seco, verdadero estilo de papel gris? Temió, á lo que creo, que, después de haber rechazado la forma matemática de la escuela cartesioleibnitzwolfiana, perdiese la ciencia algo de su dignidad al expresarse en un tono ligero, amable y simpático, y la revistió de una forma abstracta, rígida, que excluía toda familiaridad con las inteligencias de orden inferior. Quiso alejarse de los filósofos populares de entonces, que aspiraban á la más burgesa claridad... Kant ha hecho mucho daño con el estilo pesado y amazotado de su obra principal, porque los imitadores sin talento plagiaronle su forma exterior y nació en Alemania el absurdo de que no se podía ser al mismo tiempo buen filósofo y buen escritor».

Estas quejas son, en gran parte, justas. A Hoeffding (1) le cuesta trabajo creer lo que refiere un biógrafo de Kant; es á saber: que antes de escribir cada frase el filósofo la hacía examinar por su fiel amigo el comerciante Green, y añade que si el estilo hubiese sido revisado por un hombre de tal oficio de seguro hubiese sido mucho más claro (*haette ein praktischer Mann die Darstellung kontrolliert, so waere sie gewifs klarer geworden*). Allí se encuentra gran

(1) *Geschichte der neueren Philosophie*, II, 38.

cantidad de elaboraciones formales y de petulancias escolásticas. Kant mismo dice de su libro en una nota que cuando se le hojee parecerá el más pedante de todos y, sin embargo, mira propiamente á abolir toda pedantería (*und doch gehe es recht eigentlich darauf aus, alle Pedanterien abzuschaffen*). Y además de las contradicciones y de las petulancias escolásticas, se hallan también repeticiones superfluas que engendran la confusión ó la fatiga.

Poned, efectivamente, el oído á esa expresión rotunda de los conceptos y abstracciones del álgebra cualitativa, de la dialéctica trascendental, que se llama la crítica kantiana. ¿Qué os concreta el padre del formalismo? ¿No os parece oír, en un ambiente filosófico, la pesada cadencia del efectismo renaciente y humanístico, el monótono sonsonete de aquellos versos clásicos en que dos substantivos, acompañado cada uno de un adjetivo, se equilibran alrededor de un verbo? Poco más tendréis que aprender de Kant en punto á tecnicismo filosófico: el batallón disciplinado de sus robustos argumentos se trueca en una bandada de *concetti* insípidos cuando quiere reducir estos argumentos á fórmula, y á fórmula radical. La forma dificultosa del lenguaje de Kant mereció de Schiller el calificativo de «estilo de cancillería filosófica». Se refiere también que, preguntando un día Kant á un amigo suyo, consejero de hacienda y hombre de negocios, si había sentido alguna vez deseo de leer sus libros, le contestó: «Sí, y los leería con más frecuencia si no me faltaran los dedos, porque vuestro estilo es tan abundante en condicionales y paréntesis, que no puedo seguirlos

con la vista. Coloco un dedo sobre un palabra, después el segundo y el tercero, y antes de volver la página, todos mis dedos están ya ocupados» (1). Como expositor y como analista, Kant es la mayor calamidad directiva que ha cabido en suerte á la pobre filosofía moderna. No lo toméis á irreverencia ó desacato: él es quien ha prostituído el tecnicismo metafísico con palabras horrosas; él quien erró su camino desde las primeras de cambio con su crítica demolidora, pero absurda en su misma base, pues para desconfiar de la luz de la razón tuvo que valerse de esta misma luz; él quien convirtió la *metodología* cartesiana en una *metodolatría* infecunda; él, en fin, quien, implacable disector del entendimiento humano, sin conocer que las matemáticas eran la mitad de la ontología, quiso rehacer ésta al ver que la ciencia primera no tenía, á su parecer, la seguridad del procedimiento, el rigor y la extensión de los resultados, como sucede con las del cálculo; pero con una inconsecuencia digna de un principiante de lógica, para conseguir en su disciplina lo mismo que en el álgebra ó en geometría, siguió el camino inverso al que el álgebra y la geometría le trazaban: éstas son ramas completamente sintéticas del saber, y él emprendió el camino del análisis: todas las verdades algebraicas y geométricas son de evidencia inmediata, y él no quiso admitir más verdades que las que saliesen de su análisis, un análisis mal

(1) González Serrano, *En pro y en contra*, 15. Véase mi *Filosofía de la naturaleza*, I, 44.

entendido, imitando la famosa duda de Descartes, como si jamás de la negación pudiera salir una afirmación (1).

IV

...El número de libros escritos por él (página 11).

Kant, que era un hombre de nobles pensamientos, y que, de otra parte, podía apoyarse en el gran rey (Federico II) y en su esclarecido ministro Zedlitz, había, no obstante, conservado en demasía viejos principios esotéricos, para mirar, por ejemplo, el materialismo, á causa de la inteligibilidad de esta doctrina, como más peligroso que el escepticismo, que supone un número mayor de principios poco conocidos. El profundo radicalismo, peculiar á Kant, quedó, fuese por la dificultad del punto de vista, fuese por la obscuridad del estilo, de tal modo oculto, que no se reveló por completo sino á los estudios más perspicaces y más exentos de prejuicios (2). Pero ese radicalismo tuvo sus fases, que importa señalar, siguiendo la sucesión normal de la producción kantiana. Porque faltándonos, por desgracia, materia con que pintar

(1) Campoamor, *Lo absoluto*, 199. Véase mi *Filosofía de la naturaleza*, I, 37.

(2) Lange, *Geschichte des Materialismus*, II, 102.

el desenvolvimiento interior y personal de Kant, á sus obras tenemos que apelar y reducirnos. Generalmente se admiten tres períodos en la evolución intelectual del filósofo de Königsberg. El primero lo remontan algunos á 1740 (año en que comenzó á estudiar filosofía) y lo extienden hasta 1770 (fecha de la aparición de su disertación latina, en que se ofrece en plena germinación su teoría trascendental); pero otros no lo comienzan hasta 1755 ó 1759. Los primeros señalan en él dos subperíodos: uno que va de 1740 á 1760 (en que Kant piensa y escribe bajo la dirección del sistema cartesioleibnitzwolfiano), y otro que va de 1760 y 1770 (en que se encuentra bajo la influencia de la filosofía inglesa, particularmente de Hume). El segundo período, que examinaré en una nota próxima, todos convienen en colocarlo entre 1770 y 1781 y en considerarlo como una pausa memorable que dió por resultado la *Kritik der reinen Vernunft*. Por último, el tercer período se prolonga de 1781 á 1804. Los años 1781 á 1790 son el subperíodo de construcción, que termina con la *Kritik der Urtheilskraft*. Aunque derivada del pecado original de su escepticismo empírico, la rectitud de su juicio durante este lapso de tiempo era extremada, como lo prueba su *Kritik der praktischen Vernunft*. Pero una vez consolidado su sistema filosófico, por más que él creyese sus principios universales y valederos para todos los seres razonables, lo encontró en pugna éticamente con muchos hechos positivos y socialmente con muchos hechos históricos, é intentó resolver esta oposición en una serie de obras ya menos analíticas, pero siempre discretamente encadena-

das. En las ideas racionales que componen sus tres críticas, Kant injertó una moral calmada y sobria, una filosofía práctica fundada sobre la conciencia del ser activo. Para él el imperativo categórico que, en nuestro fuero interno, manda hacer el bien, es un hecho de la conciencia íntima tan necesario y tan general como la ley de la gravitación en la naturaleza externa. Y sobre ese imperativo fundó Kant, no sólo su ética, sino que también su pedagogía, su concepción religiosa y su filosofía de la historia.

En 1755 publicó Kant un opúsculo con el título de *Allgemeine Naturgeschichte und Theorie des Himmels* (dedicado al rey de Prusia), que llamó mucho la atención del mundo sabio y que estaba destinado á adquirir gran nombradía por tres razones: primera, porque en él se popularizaba la doctrina de Newton en Alemania al mismo tiempo (y con más profundidad y originalidad) que lo hacía Voltaire (1) en Francia; segunda, porque se criticaba en la doctrina de Newton la opinión de que la constitución del orden actual del sistema solar no puede explicarse por las leyes mecánicas de la naturaleza; y tercera, porque á la doctrina de Newton se añadía la audaz hipótesis que después hizo célebre á Laplace (2), y según la cual el orden actual del sistema solar se formó, en su origen, de una nebulosa en rotación. Por desdi-

(1) Véanse sus *Eléments de la philosophie de Newton*, aparecidos en 1738 ó incluidos en el tomo XXI de sus *Œuvres complètes* (edición de 1784).

(2) Véase su *Exposition du système du monde* (ediciones de 1800 y de 1836).

cha, estas tres razones trajeron consigo tres graves daños: primero, que empezó á confundirse en el mundo sabio el verdadero sistema de Newton en astronomía con lo que, desde Kant y Voltaire, se conoce por «sistema de Newton»; segundo, que empezó á confundirse, en el mundo filosófico, la inofensiva y errónea «cosmogonía nebulosa» con el monismo mecanicista (1), y tercero, que se renovó, como Kant reconoce en el prefacio, la vieja pero justamente desacreditada teoría de la «necesidad» de Leucipo, Demócrito y Epicuro. Kant, preocupado de la descripción física de la tierra y del edificio del mundo, se impuso la penosa tarea de estudiar las obras de Newton, y lo que prueba hasta qué punto supo profundizar la idea fundamental del matemático inglés es que concibió el pensamiento ingenioso de que la misma atracción de toda materia compacta y ponderable que mantiene hoy día el curso de los planetas debió de antemano hallarse en estado de formar el sistema solar con la materia difusa é imponderable. Más tarde, y sin conocer á Kant, Laplace, el ilustre autor de la *Mécanique céleste*, llegó á

(1) Dietrich (*Kant und Newton*, 198) pretende que el filósofo de Koenigsberg propuso su cosmogonía nebulosa en sentido pantista. Hoeffding (*Geschichte der neueren Philosophie*, II, 35) le sigue servil y acaso inconscientemente, acomodando el criterio de Dietrich á sus propios prejuicios. Pero Pesch (*Die grosse Weltgeschichte*, II, 681, 685) refutó á este último, aconsejándole estudiar á Kant antes de escribir libros sobre Kant. En el error de Dietrich había caído ya Kuno Fischer (*Geschichte der neueren Philosophie*, III, 198).

la misma idea y le dió derecho de ciudadanía en la ciencia de los astros (1). Aunque está probado que en profundidad y amplitud supera el trabajo de Kant al de Laplace (2), las divergencias de detalle que entre ambos se observan denotan en el primero muchos errores de cálculo y un conocimiento defectuoso de las leyes de la mecánica celeste (3). Además, lejos de estar acabada ni redondeada, la teoría de Kant nada á propósito contenía para indicarnos cómo habríamos de imaginarnos las leyes mecánicas de la niebla primordial, para saber cuál fuese el estado de movimiento en que se hallaba en un momento dado, pues no habla sino en general de fuerzas de atracción y declinaciones laterales producidas por fuerzas de repulsión, con las cuales deberían originarse diversos globos. En tales pormenores no puedo detenerme aquí. Lo que en este punto me interesa es dejar consignado que se equivocan los que ven en la hipótesis cosmogónica de Kant gérmenes de panteísmo. En aquella época Kant, tan lejos aún de incurrir en sus errores criticistas, trató el problema con ejemplar corrección filosófica, hallando precisamente en la rigurosa conexión de todos los elementos del universo, atestiguada por las leyes naturales conocidas, la prueba de que ese universo tiene su última razón en un

(1) Helmholtz, *Papulaerwissenschaftlichen Vortraegen*, II, 118.

(2) Para convencerse de esto, consúltese á Zoellner, *Die Natur der Kometen*, 463.

(3) Sobre este punto léase á Pfaff, *Entwicklung der Welt*, 159.

Sér Absoluto que lo abraza todo. Esta concepción cósmico-religiosa se despliega con más claridad aún en el escrito: *Einzig moeglicher Beweisgrund einer Demonstration des Daseins Gottes* (1763), al cual incorporó su hipótesis cosmogónica. Un año antes (1762), y en su *Versuch den Begriff der negativen Groeßsen in die Weltweisheit einzuführen*, había llegado á la misma conclusión de una Causa Unica de todos los seres, por resultar de otro modo incomprendible la acción recíproca de los principios elementales del cosmos.

Pero ya entonces empezaba á meterse de lleno en el punto de vista psicológico y ético y á desdenar el aspecto cosmológico y metafísico de la filosofía. En sus *Beobachtungen über das Gefühl des Schoenen und Erhabenen* (1864), dió á la estética por fundamento el instinto moral, considerando á la belleza como el símbolo del bien, y en sus *Traeumen eines Geistersehers erlaeutert durch Traeume der Metaphysik* (1766), crítica humorística de Swedenborg y de sus obras, intentó probar que el error fundamental de la metafísica proviene de que se transporta las cosas la idea de la posibilidad, del *δυνάμει ὄν*, lo que por naturaleza es una hipótesis subjetiva. Su incredulidad filosófica subió de punto en la disertación *De mundi sensibilis atque intelligibilis forma et principiis* (1770); pero el último grado de negatividad escéptica no se acusó hasta la *Kritik der reinen Vernunft* (1781), obra en que un empirismo agudo se une monstruosamente al subjetivismo más desenfrenado. Pensaba Kant que la *Kritik der reinen Vernunft* era un terreno generoso donde la simien-

te de una construcción oportuna podría rendir en corto tiempo los frutos de una inmortal vegetación. Y sin embargo, empieza por separar la filosofía de las matemáticas, afirmando que sólo en éstas se puede hacer algo independientemente de la experiencia en los conocimientos *a priori* (1). A la filosofía le prohíbe, estúpida é incomprendiblemente, toda labor de esta clase, suponiendo que el mismo método que en matemáticas conduce á un progreso positivo, en metafísica conduce á ciegos tanteos. No quiere que el filósofo se instale voluntariamente en el mundo de las ideas, repudiando á los que, como Platón, se familiarizan con los conceptos puros, establecen entre ellos concesiones recíprocas, concilian los unos con los otros y se ejercitan en el ambiente distinguido de una diplomacia sabia. En esta cobardía intelectual de Kant se advierte cuánto había descendido el pensamiento europeo. ¡Qué diferencia de con la filosofía del siglo XVII, en que la investigación matemática y las especulaciones sobre el universo eran una misma cosa, y en que hasta cuando se erraba lo era de un modo sublime, llegando á manifestarse la aspiración de reducir los problemas astronómicos y físicos á problemas de mecánica, conforme á los descubrimientos del Renacimiento, de Galileo y de Kepler! Este ultraempirismo desagradaba no menos á Kant que el escolasticismo medioeval. En su sentir, el empirismo es perfectamente justificable mientras no se hace dogmático y

(1) *Kritik der reinen Vernunft*, introducción, 13.

se contenta con oponerse «á la temeridad y á la audacia de la razón, que desconoce su verdadero papel, glorificándose de su sagacidad y de su ciencia en el momento preciso en que cesan toda sagacidad y toda ciencia, confundiendo los intereses teóricos con los intereses prácticos, y rompiendo el hilo de las investigaciones físicas cuando le parece cómodo» (1).

Para facilitar la inteligencia é interpretación de su obra capital dió en los *Prolegomena zu einer jeden zukünftigen Metaphysik* (1783) una exposición abreviada y vulgarizada de sus ideas. En 1784 publicó un folleto rotulado *Wast ist Aufklaerung?*, en que entonó un ditirambo al siglo del gran rey (Federico II), cuyo poder y misión consistían en proteger la libertad y fomentar el progreso. No era, según él, un siglo del todo iluminado, pero caminaba hacia la luz. Federico II sufría la poderosa sugestión del tipo de cultura francesa, y nunca supo apreciar la literatura ni la filosofía alemanas. Wolfiano de joven y defensor del deísmo, había acabado por adherirse á Bayle y á Voltaire. No obstante, Kant se tenía por feliz viviendo en el siglo del gran rey y de su canceller Zedlitz (á quien había dedicado la *Kritik der reinen Vernunft*), bajo el ambiente del *Aufklaerung* ó neuhumanismo, que concedía á la vida y á la cultura helénicas la misma valoración que Rousseau daba á la naturaleza.

La influencia de Rousseau en Kant contri-

(1) *Kritik der reinen Vernunft*, II, 334 (edición Hartenstein).

buyó á la formación de una ética que está separada por un abismo de su teoría del conocimiento, y que desenvolvió en un lenguaje terso y persuasivo en sus *Grundlegung zur Metaphysik der Sitten* (1785). Al año siguiente (1786) precisó y amplió á la vez su concepción cosmológica en los *Metaphysischen Anfangsgrunde der Naturwissenschaft*. Sus obras más importantes en este período son la *Kritik der praktischen Vernunft* (1788) y su *Kritik der Urteilskraft* (1790), donde dió la última mano á sus doctrinas éticas y estéticas; pero todavía hay que añadir otras de carácter histórico, social y humanitario, como las *Idee zu einer allgemeinen in weltbürgerlicher Absicht* (1784), los *Mutmaßlicher Anfang des Menschengeschlechts* (1786) y *Zum ewigen Frieden* (1795). Ni es de olvidar la *Paedagogik*, donde desenvuelve el razonamiento de estas tres obras, aplicándolo al caso concreto de la educación de la infancia. La influencia de Rousseau es aquí, más que en parte alguna, notoria, y la falta de originalidad no menor que la que se advierte en la *Anthropologie*, libro que ha tenido más fama de la que intrínsecamente merece. Pero si Rousseau y otros intentaron poner de manifiesto los conflictos que han surgido, así en el espacio como en el tiempo, entre el hombre y las sociedades, y la necesidad de darles una solución, nadie como Kant supo descubrir sus causas íntimas en forma tan clara, tan evidente y tan fecunda en consecuencias. Como Locke en el siglo anterior, quiso edificar un cristianismo racional, aceptable por los incrédulos de su siglo, que lo que rechazaban

no era el Evangelio, ni la verdadera religión, sino la superstición y la tiranía intelectual, su compañera inseparable.

V

...No hay escritor filósofo, si exceptuamos á Aristóteles, Descartes y Locke, que pueda pretender aproximarse á Kant por la extensión ó la altura de influencia ejercida sobre los hombres (página 11).

Así es, como Quincey lo dice; pero falta saber si lo enorme de este influjo corresponde al mérito intrínseco de su obra. Tomada en conjunto no hay obra que más realce una personalidad. Kant es más grande como polígrafo que como filósofo. Pero negar su importancia en este último respecto sería tan vituperable como absurdo. El sistema filosófico de Kant es, por voto unánime, uno de los asuntos más dignos de atraer la atención de los espíritus esclarecidos y serios. Este sistema encierra multitud de ideas que quieren expresar, y de hecho expresan, algo muy importante. Kant, analista profundo, ha estudiado el problema del conocimiento humano con inmensa amplitud y con infatigable celo, proporcionando á las ciencias especulativas las perspectivas más elevadas. Su estudio no es inútil nunca. Aprovecha siempre al que lo emprende, el cual, si con él logra adquirir la serenidad filosófica, apren-

de al menos á no situarse inconscientemente fuera del verdadero método científico. La aparición grande y solitaria de Kant en el mundo del pensamiento y de la sabiduría trascendental puso por primera vez á Europa en presencia de un espíritu inflexible, absoluto, abstracto, encerrado en su conciencia y en su razón.

Sabido es que Kant representa, como Aristóteles, Occam y Descartes, la última transformación de toda una edad filosófica. Aristóteles reglamentó el pensamiento, que en sus antecesores había venido produciéndose de una manera vaga y anárquica aun en la forma, y organizó el conocimiento, que hasta su época carecía de consistencia armónica, creando los métodos y clasificando las ciencias. Occam destruyó las bases racionales del sobrenaturalismo religioso, oponiendo la filosofía de la experiencia á la filosofía del pensamiento puro, ya como lo contrario, ya como la ampliación de ésta. Descartes rompió con la autoridad del dogma, reivindicando enérgicamente la individualidad y la libertad de la razón. Kant examinó críticamente esta potencia anímica y la superó, encontrando en la voluntad y en el deber el *aliquid inconcusum*, vanamente buscado por sus antecesores en la inteligencia pura, que Montaigne llamaba la *facultad racionante*. Con Kant, el ciclo psicológico del panlogismo queda en sí propio encerrado.

Había nacido en Koenisberg el año 1724 y murió en 1804, alcanzando, por tanto, la época decisiva en que quedó agotado el período agudo de racionalismo, inaugurado por el *Aufklaerung* ó filosofía de las luces, que representa

en el pensamiento alemán del siglo XVIII lo que en el pensamiento francés del mismo siglo el voltairismo y la Enciclopedia y lo que en el pensamiento inglés de dicha centuria la escuela de Bolingbroke y los deístas. El kantismo trajo como fermento de su crítica la idea más alta que se hubiera profesado nunca: la de la razón que lucha siempre por alcanzar mayor poder de contemplarse á sí misma. El hijo pietista de Ana Regina Reuter, educado en la austeridad de una religión y de un culto puramente personal é interior, concluyó, por una evolución perfectamente lógica, por donde el cartesianismo había empezado. Por opuestas que parezcan ambas filosofías, son en realidad de un mismo tipo, de un mismo espíritu y de un mismo origen. Kant introdujo en el cartesianismo una reforma profunda: no quiso encontrar el *sér* en la naturaleza; pero admitiendo la naturaleza, señaló el *sér* fuera de ella; por eso su filosofía es un cartesianismo consciente, y antes que criticista es cartesiano. Descartes niega formalmente el idealismo realista de Aristóteles y el sensualismo nominalista de Occam: Kant también los niega, pero no quita al conocimiento relativo el constituir verdadero conocimiento, por lo que si admite el mecanismo en la naturaleza, se ve mal para explicar lo mismo el conocimiento por las categorías, que la finalidad de la naturaleza (1), y las ventajas que su sistema lleva á los tres ante-

(1) Dunan, *Kant et la reforme du cartésianisme* (en los *Annales de philosophie chrétienne*, Septiembre 1910).

riores, son todas ventajas de método ó explicables por él. El mecanismo es la base del kantismo, y muerto aquél, éste no tiene más que una razón de ser crítica ó epistemológica.

No es ni representa esta desviación kantiana otra cosa que la exageración continua de los errores cartesianos en el seno del espíritu nuevo; necesariamente, por tanto, había de extremarse bajo la influencia de los continuadores (Fichte, Schelling, Hegel), que con mayor arbitrariedad obscurecían el pensamiento por medio de un estilo cada vez más embrollado. Descartes, valiéndose de un método aventurado y artificioso, intentó resolver el dualismo de la idea y del hecho, del espíritu y de la materia, afirmando ese dualismo en el hombre y negándolo en la naturaleza, esto es, separando por un abismo á la psicología de la cosmología. Kant, de conformidad con su criticismo trascendental, trató de satisfacer las «necesidades filosóficas» y despertó las «tendencias unitarias de la razón humana», á las cuales es deudora de su existencia lo que llaman «epistemología sintética», ó sea el ensayo de «establecer una unión sólida entre un universo concebido en un sertido materialista y una metafísica idealista, que comprende el universo entero como una simple colección de apariencias fenomenales en el seno de un *yo*, cuya substancia es desconocida». En medio de tan desacordadas voces, haciendo yo corro aparte, me limitaré á indicar que esta concepción, la más boyante en nuestro siglo, es para Kant una originalidad y un baldón.

VI

...Nació en Koenisberg, de Prusia (página 11).

Como Quincey, en este párrafo y en el siguiente, llevado de su natural deseo de que el contenido del volumen no rebase los contérminos señalados por el título, pasa tan de prisa (con botas de treinta leguas, que dirían Hegel y Lewes) por sobre la vida y la obra de Kant, no me parece inoportuno llenar las lagunas de su exposición con más circunstanciados detalles, que el lector, empero, no ha de tomar por una biografía y una característica completas. A la vez rectificaré algunas pequeñas inexactitudes.

Kant no fué, como Quincey indica, el «segundo», sino el cuarto hijo de la familia. Tampoco sus padres eran «gentes de rango humilde, ni aun lo bastante ricos para su situación»: eran artesanos de regular pero no insignificante fortuna. Su padre, sillero, era oriundo de Escocia, de modo que Kant estaba ligado por parentesco nacional con Hume, de quien precisamente recibió el primer impulso para formar un sistema de filosofía crítica. Así lo reconoció él más tarde con toda franqueza, declarando que «fué el recuerdo de Hume el que años atrás le despertó de su sueño dogmático y dió nueva

dirección á sus investigaciones en el terreno de la filosofía «especulativa» (1). Prosigamos.

El padre de Kant se llamaba en realidad *Cant*, y todavía usaba en su firma la ortografía escocesa; pero nuestro filósofo cambió la C en K para evitar una falsa pronunciación: *Sant* ó *Zant*. Su madre, que murió teniendo él sólo trece años, y de la que conservó siempre una tierna memoria, había procurado inculcarle los más sanos principios de religión y de moral. Ambos progenitores eran de robusta y sana naturaleza; pero en esto no se les pareció su hijo, que era de estructura débil y delicada, de pecho estrecho y hundido y de no muy bien hecha figura.

Kant estaba destinado á aprender el oficio de su padre; pero quiso su buena suerte que el doctor Schultz le viese y, admirado de sus buenas disposiciones, le hiciese entrar en el colegio (*Colegium Fridericianum*) que él dirigía en Koenisberg por los años de 1731 y 1732. Schultz había venido á esta ciudad como predicador y miembro del consistorio, y elegido que fué profesor de teología, propagó el pietismo con gran calor. Los padres de Kant eran también pietistas acendrados, y á pesar de esta circunstancia, nuestro filósofo los tuvo siempre en gran estima, porque sabía que habían tenido las mejores intenciones para con su educación. De su primer maestro y bienhechor Schultz habló siempre también, hasta sus úl-

(1) *Prolegomena zu einer jeden zukünftigen Metaphysik*, prólogo.

timos días, con la mayor gratitud, y aun tuvo el proyecto de erigirle un monumento público.

Como Bacon fué educado por escolásticos, Descartes por jesuitas y Espinosa por rabinos, Kant lo fué por pietistas. Pero también como aquellos grandes hombres rechazó cuanto en los principios de su educación había de irracional y malsano. Al mismo tiempo conservó cuanto en ellos había de puro y edificante. En punto á la influencia saludable que el pietismo ejercía en general sobre el espíritu de los hombres, y muy particularmente sobre el suyo propio, no se le ocultó á Kant la relación y armonía entre su «imperativo categórico» y el rigorismo ético de su educación primera. Por su carácter, los pietistas colocaban la energía moral en el primer plano y rechazaban la ética heteronómica como una aspiración indigna. Tanto en las relaciones interiores como en las exteriores, las reglas por ellos establecidas se supeditaban á la rigidez de la conciencia, porque era razonable mantener que cada individuo conoce su norma de conducta mejor que nadie, que dando á esta norma la perfecta y severa pureza de los sentimientos acumula más dignidad para sí mismo, y que obrando todos los individuos de este modo la suma de su bondad y la total del género humano aumentarían.

Desde muy corta edad llamaba ya Kant la atención de todos por su compostura reflexiva, por su juicio recto y por su sensibilidad extremada. Pero no había entonces en Kant lo que le debía hacer más tarde el reformador de la filosofía; su mucha timidez y escasa precocidad en la escuela lo demuestran claramente,

como también su aversión por las matemáticas y la filosofía. En cambio, iba muy bien en humanidades, especialmente en latín. Kant fue durante toda su vida un hábil humanista, y una cita latina hecha con oportunidad nunca dejó de hacer efecto en él. Trató amistad por esta circunstancia con uno de sus discípulos, Ruhnken, que fue después uno de los profesores más célebres de Leyde. Ambos cifraban sus placeres en el estudio de los autores clásicos, que Ruhnken, como más rico, compraba, y leíanlos juntos, formando útil competencia en descubrir sus bellezas y en retener los rasgos que más llamaban su atención, en cuya lucha de talento tomaba nuevas fuerzas su amistad.

Desde los diez y seis hasta los veintiún años estudió las matemáticas y la filosofía de Wolf (nacido en Breslau en 1679, muerto en Halle en 1754, y cuyo imperio intelectual duró en Alemania más de medio siglo) y la física de Newton en la Universidad de Koenisberg. Fue su profesor en las dos primeras disciplinas Knutzen (uno de los partidarios más independientes de Wolf), y en la tercera Teske. Aquí entró nuestro filósofo en un nuevo mundo, que en adelante había de ser su verdadera patria. Knutzen le sirvió de amigo y le ayudó con sus consejos, y no tardó en conquistar el afecto de todos los profesores y discípulos por su amable carácter, agudo ingenio y constante aplicación. También estaba matriculado, aunque asistía muy raramente á clase, en teología. Su primera producción fue una disertación sobre la electricidad, que compuso después de haber leído las obras de Newton, y en la que confesó

su mismo profesor de física, Teske, que había encontrado muchas cosas que aprender. Por aquel tiempo solicitó una plaza de profesor en una escuela latina de Koenisberg; pero, á pesar de su ilustración y renombre, prefirieron á un hombre obscuro. Kant lo sintió en el alma, mas no por ello perdió el valor.

Cuando á los veintiún años salió de la Universidad, vivió pobremente, y con la muerte de su padre (1747) empeoró su situación económica. Vióse, pues, obligado á proporcionarse por sí mismo y sin ningún apoyo su subsistencia. Empezó dando algunas lecciones particulares y acabó por entrar como preceptor en casa de algunos aristócratas de la Prusia Oriental, en donde pudo entregarse con descanso al estudio durante un período de nueve años. Hablando de este período, dice Hoeffding (1): «Aunque se creía (y quizá lo era) poco profesor y mal pedagogo, inspiró á varios de sus discípulos su profundo sentimiento de la libertad y del valor del hombre. Porque no puede ser debido á la casualidad el hecho de que algunos de ellos hayan sido los primeros en suprimir la servidumbre. El mismo Kant declaró en una época posterior de su vida que le conmovía hondamente pensar en la servidumbre que había en su patria. Como preceptor de grandes casas, Kant adquirió una experiencia del mundo que no le hubiera podido procurar su vida retirada, llegando á ser un mundano distinguido, un hombre al corriente de la vida

(1) *Geschichte der neueren Philosophie*, II, 34.

de muchos de sus contemporáneos. Pero aprovechó á la vez aquel período de calma para acumular profundamente las ideas y conocimientos que mostró desde los comienzos de su carrera literaria.»

En 1755, un año antes de la guerra de los Siete Años, volvió Kant á Koenisberg, examinándose de maestro en artes el 12 de Junio, cuyo grado se le confirió con universal aplauso por lo lucido de sus ejercicios. Muy particularmente su disertación sobre el fuego obtuvo la completa aprobación de su antiguo profesor Teske. En 27 de Septiembre del mismo año, y después de haber presentado una tesis doctoral que había de servir de base á los *Metaphysischen Anfangsgrunde der Naturwissenschaft* (1786), se le nombró *privat docent* de la Universidad de Koenisberg. Con arreglo á una real orden de 1749, nadie podía ser admitido al profesorado extraordinario sin haber sostenido antes tres discusiones sobre una monografía impresa. En 1756 llenó Kant este requisito con su interesante tratado sobre *Monadologia physica*. Pero aquí se detuvo por el pronto el escalafón de su carrera académica. Quince años estuvo Kant de *privat docent* antes de obtener la merced de entrar en la Universidad como profesor ordinario.

Sin embargo, cada día sentía más la necesidad de procurarse una existencia menos precaria, adquiriendo posición social correspondiente á sus antecedentes y méritos. Vacante por fallecimiento la cátedra de su antiguo profesor Knutzen en 1751, aspiró á ella, pero no logró adquirirla. Tampoco tuvo éxito en 1758,

en que vacó la cátedra ordinaria de lógica y metafísica. La guerra de los Siete Años, con sus desdichas, contribuyó á impedir su nombramiento de profesor permanente, y hubo de resignarse á continuar siendo profesor libre. En 1762 rehusó una cátedra, que le fué ofrecida, de profesor de poesía, negativa que contrasta con el hecho anteriormente apuntado, conviene á saber: que á diferencia de casi todas las vocaciones, la de Kant para el cultivo de la filosofía no se manifestó desde los primeros años de la vida estudiantil, en que se consagró por completo á las bellas letras. Su única posición oficial en el interregno á que vengo aludiendo fué una plaza mal retribuida de sub-bibliotecario del castillo de Koenisberg, que obtuvo en 1766 y que no conservó mucho tiempo (de ella se desprendió en 1772), habiéndole disgustado el ver que sólo iban á la biblioteca los ociosos.

Hasta 1770 no llegó á ser profesor de filosofía. En 1780 alcanzó el cuarto lugar en la Facultad y la entrada consiguiente en el Senado. En 1786 fué por primera vez rector de la Universidad, y como tal tuvo que hablar, en nombre de este centro docente, al rey Federico Guillermo II, que acababa de subir al trono y que se encontraba en Koenisberg para recibir el homenaje de la ciudad. Apuntó Borowski en su manuscrito que Kant fué muy distinguido en esta ocasión, especialmente por el ministro Herzberg. Pero, según dice Kuno Fischer, Kant, que no buscaba tales honores, borró esas líneas en el manuscrito de su discípulo y biógrafo. En 1788, fué rector por segun-